

OJOS VIEJOS, CORAZÓN CANSADO

Alguna vez he oído, y supongo que tú también, que el tiempo cura todas las heridas. Cuando era joven tenía la firme y angosta convicción de que aquellas misteriosas palabras, procedentes del a menudo menospreciado saber popular, eran una patraña. Ahora, tras dos divorcios, varias sorpresas desagradables, unos cuantos guisos quemados, una casa inundada, un número demasiado grande de intervenciones quirúrgicas, múltiples desengaños acerca de lo que significa ser humano y existir en este mundo, un par de bragas arrancadas del tendedero por el tosco cierzo, una hernia discal, estos malditos sofocos menopáusicos que nunca terminan de desaparecer, una hija en la cárcel, y un largo etcétera que no merece la pena traer a colación, me he dado cuenta de que, si bien la frase hecha que nos ocupa no es exactamente cierta, tampoco hay que quitarle por ello toda la razón. Yo diría, más bien, que contiene un error de redacción. No es que el tiempo, como venimos pensando, cure las heridas, sino que te hace miope, te cansa la vista, y los recuerdos se diluyen, creando composiciones que con la distancia parecen pintorescas, y que hasta pueden arrancarte una lagrimilla de melancolía en el momento menos oportuno. Me parece a mí que, en realidad, el tiempo se ocupa de emborronar los dolores, y, para cuando te das cuenta, no puedes ni leer el periódico del domingo, con las ganas que tenías de saber cómo te iba a ir en el amor hoy, porque te has dejado las gafas de ver de cerca en la mesilla de noche, donde, seguramente, no las vayas a perder, como perdiste aquellas bragas que te regaló tu segundo exmarido y que ahora añoras con delicadeza.